

BLOC DE NOTAS

Elizabeth Taylor: más allá del mundanal ruido

Lirismo y mar de fondo en *Una vista del puerto*

LUIS M. ALONSO

Cuatro años antes de morir, la novelista Elizabeth Taylor (1912-1975) confesó al "London Times" que "gracias a Dios había tenido una vida sin incidentes". El día en que murió no había pasado mucho tiempo del nuevo matrimonio de su homónima, la actriz, con Richard Burton. Todavía entonces, algunos hombres se equivocaban de dirección de correo y le pedían por carta una foto en bikini. Cuando su marido haciendo uso de la ironía la animaba a complacerlos, ella, alejada del mundanal ruido, respondía que primero tendría que conseguir uno.

La escritora Elizabeth Taylor llevaba una vida de lo más corriente: de hecho el asunto principal de sus novelas es la existencia diaria plácida de las mujeres de clase media suburbana, dedicadas a la cocina, la limpieza del hogar, la jardinería, el cuidado de los niños y a charlar con los amigos. Sus novelas —como es el caso de *Una vista del puerto*, que acaba de publicar Gatopardo— están hiladas de manera fragmentada por medio de escenas cotidianas que ocultan el mar de fondo que mueve la narración: acontecimientos y muertes inesperadas imprimen giros, caos y confusión bajo una atmósfera convencional. Abruptamente el silencio cae como una cortina. Si hubiera que buscar un foco de inspiración en su escritura sería E.M. Forster, por encima de las escritoras inglesas con las que se la relacionó.

Aunque algunos críticos literarios la consideraron una especie de Virginia Woolf sin el glamour de la autora de *Las olas* y otros la Jane Austen contemporánea, la observación profunda de las clases medias británicas de sus novelas hacen de Elizabeth Taylor una escritora lo suficientemente singular para no tener que prestarse a las comparaciones. Kingsley Amis, por si a alguien le sirve la opinión de uno de los más grandes autores británicos de mediados del siglo pasado, dijo de ella que era una mejores novelistas de la última centuria.

Una vista del puerto, la tercera de las doce novelas de Taylor, fue publicada en 1947. Se sitúa en una ciudad costera en declive en el período inmediatamente



posterior a la Segunda Guerra Mundial, y, como sugiere el título, se trata de un estudio en perspectiva. Taylor construye una imagen de la localidad a través de las miradas de una docena de sus habitantes. El símbolo es un faro, que girando ilumina los pensamientos de cada uno de los personajes. De nuevo, Virginia Woolf. Por medio de esa luz la escritora lleva a cabo una exploración lírica y aguda de las conciencias de todos ellos. Es el mismo resplandor que deja a la vista sus frustraciones al mismo tiempo que el libro avanza, hasta apagarse. Mientras tanto se deslizan por ese eterno verano que parece presidir algunas de las novelas principales de la autora: el blanco y el verde del océano, el efecto cubista de los edificios del puerto, el cielo azul y el tono albaricoque del yeso que cubre las paredes de las casas. De hecho la novela establece un particular nudo artístico: Bertram, uno de los protagonistas, es un oficial retirado con la esperanza de reemprender una nueva carrera como pintor de marinas y escenas costeras, y Beth una novelista que comparte la escritura con las tareas domésticas, casada con el médico del pueblo. Éste, a su vez, se siente atraído por Tory, una divorciada. Todo en un marco de cotidianidad que disfraza las pasiones personales. Una buena parte de la novela está dedicada a la vida interior de las mujeres que cocinan para otros, sirven bebidas, lavan la ropa y cuidan de sus hijos. Un trasfondo sutil pero persistente del deseo sexual y la frustración subyace en muchas de las páginas de la novela. Taylor escribió *Una vista del puerto*, mientras estaba criando a dos niños. Los temores de Beth sobre el efecto de las labores domésticas en la escritura parece, en parte, un reflejo de las preocupaciones reales que aquejaron a la propia autora.

El fatalismo que se adueñó de muchas de las escritoras de ese tiempo y también del que precedió impera a lo largo de una narración que no decepcionará a quienes buscan en la literatura el eco narrativo de una atmósfera provinciana inglesa aparentemente plácida de trasfondo singularmente turbulento que abriría paso a formas de expresión que más tarde supo explotar, por ejemplo, el incipiente *free cinema*.

TINTA FRESCA

Siempre nos quedará París

Iñaki Martínez se inspira en la película "Casablanca" para tejer una intensa novela de aventuras, amores y espías

TINO PERTIERRA

La ciudad de la mentira es la novela de un escritor, Iñaki Martínez, que siempre se ha sentido fascinado por las aventuras: "No he sabido vivir sin ellas, han sido una constante en mi vida, quizás influido desde los cinco o siete años cuando mi abuela Faustina (quedó viuda con cuatro hijos en Ortuella, zona minera de Vizcaya) me contaba los trabajos que tenía que pasar para sacar adelante a sus hijos una vez acabada la guerra civil mientras recorría pueblos de Vizcaya, Alava, La Rioja y Burgos. Ella era lo que entonces se llamaba 'estraperlista', que es una manera hermosa de definir el contrabando y alimentos. ¡Cuántas veces tuvo que tirarse mi pobre abuela de un tren en marcha para que la guardia civil no le decomisase los víveres!" Con cinco años ingresó como interno en el Colegio de Santa María de Portugalete, "y ahí volví a olisquear las virtudes de la aventura y la supervivencia, como saben bien los que han sido internos".

Para completar el círculo su padre —al tener trece o catorce años— empezó a contarme sus peripecias en la 'Brigada Vasca' en la Segunda Guerra Mundial, los enfrentamientos con las unidades nazis en suroeste de Francia y el desfile en Burdeos el día que terminó la guerra. ¡Qué más podía pedir para convertirme en un aventurero sin remedio! Más tarde vinieron los últimos años del franquismo, época en la cual me sentí interpelado junto a numerosos jóvenes, y al consolidarse la Transición, las revoluciones de América Central en la que me implicó cuatro años".

Estaba claro que vivir con la aventura como norte "guiaba mi vida y ya años más tarde, con la serenidad que da la edad, me decidí a escribir relatos y fabular novelas y como no podía ser de otra manera el resultado tiene que ver con la intriga, el espionaje, las aventuras y también el amor, presente siempre en la trastienda de los hechos que se narran".

Todo eso aguarda en las calles de *La ciudad de la mentira*, finalista del premio Nadal 2015 e inspirada en la mítica *Casablanca*. Viajamos hasta Tánger "en un período esplendoroso entre 1939 y 1942, cuando estaba regida por un Estatuto de Zona Internacional y se convirtió en la ciudad cosmopolita, misteriosa y conspiradora que tan bien retrata la película *Casablanca* de Bogart y Bergman. Era igualmente una ciudad en donde las comunidades católicas, hebreas y musulmana se llevaban en perfecta armonía, sin tensión. Gracias a la numerosa documentación que revisé en mis quince viajes comprobé este hecho que está presente en la novela de principio a fin. Tánger era un ejemplo de convivencia y tolerancia, los sacerdotes católicos, los rabís hebreos y los almuecines musulmanes compartían pastelillos y té a la menta continuamente; algo que pertenece al pasado en esa ciudad por desgracia". Lo que más le satisfizo en la escritura fue comprobar "cómo los personajes cobraban vida autónoma y propia según avanzaba el trabajo, en muchas ocasiones en contra de los criterios que el autor tenía en mente. Se trata de una aventura —otra— apasionante, los personajes se independizan en cierta manera del escritor y acaban donde ellos quieren. Las situaciones inesperadas que elaboran los autores constituyen lo más genuino y extraño del proceso de creación, según creo".



La ciudad de la mentira
IÑAKI MARTÍNEZ
Destino, 450 páginas, 18.50 euros.



Una vista del puerto

ELIZABETH TAYLOR
Gatopardo Ediciones, 2016, 320 páginas,
19,95 euros